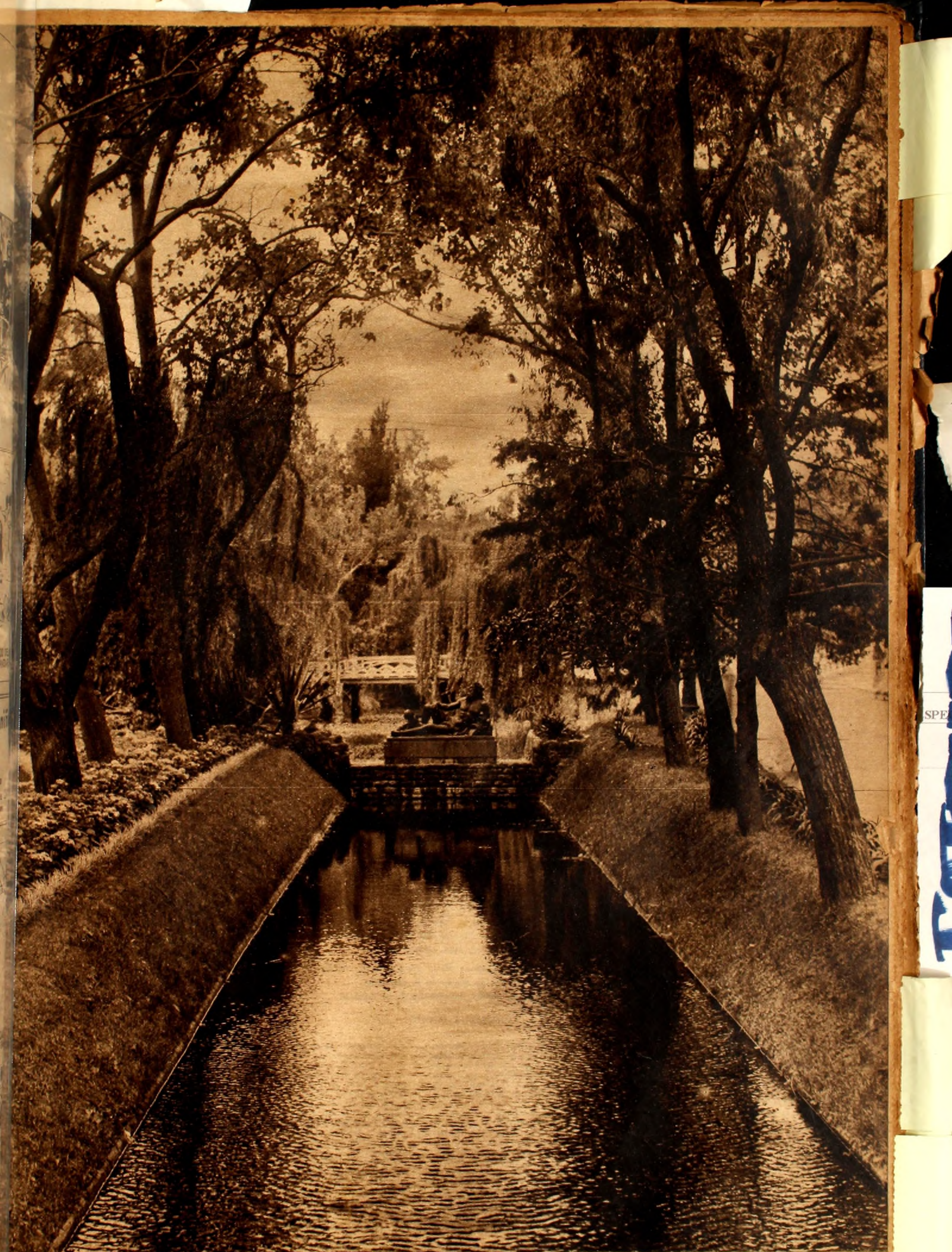


Arroyo y escultura de Neptuno, en el Parque Rodó.
FOTO J. Caruso

EL DIA
AÑO III - Nº 100
Montevideo Setiembre 16 de 1934.



AGUA BRAVA

A seca iba tirando para las cinco lunas. No había que contar por lluvia la garuita de mala muerte que cayera allá por agosto. Se había visto entonces el cerro verdear como enmohecido, pero no pasó a más, y cuando apretó el calor, los faldeos pardearon como burros.

Dos meses después, las aguas seguían alzadas, y como las nubes, las pocas que se dejaban ver, eran nubes de trapo, y el viento seco del Norte resollaba a días, hombres y bestias olfatearon una seca de las grandes. En los poblados, los cultivos se agachaban aporreados por la sed. Habíanse venteado los trigos, es decir, madurado a la fuerza con el polvo caliente de los vientos, y el grano recogido era rugoso de flaco. Las siembras de maíz, resignadas a una tacaña ración de agua de riego o al ancho esparcimiento de los turnos, crecían pobrecitas, y en terrenos empedernidos o muy arenosos comenzaban a blanquear como encanecidas por la seca. Las viñas, y aun los árboles, sufrían envejeciendo también a ojos vistas. Los alfalfares, tan alegres cuando tienen por qué, se cobijaban a trechos en telarañas. Castigado por los solazos y los zondas, chupado por los esponjados arenales de su cauce, el río mismo sentía sed, llegando sólo con la mitad de su haber a las tomas.

Los coyuyos, resecos como un cascabel, alzaban su canto como el clamor de la seca.

Cerros y campos se opacaban, como espolvoreados de escoria o de ceniza. Pero los arenales relumbraban como chapas de cinc. Sólo podía pastearse ya a la orilla de los manantiales o las ciénagas o en lo más escondido de las quebradas.

Comenzaban algunos ojos de agua a apocarse como un lagrimeo hasta cegarse. Cuento malo, porque cuando escasea hasta el agua de beber, la seca muestra recién su cara. Es la sed más temida que el hambre. Qué andanzas a lo largo de caminos polvorientos o senditas estrechas como la necesidad, para llegar al manantial ya seco, trillado de rastros, moteado de vedijas, de plumas, de bostas. Alguna avispa se empeñaba en chupar el barro casi seco. Algún animal, atontado por la sed, porfiaba en cavar un hoyito en que a veces quería resumir, lerdo como el olvido, un trago de agua.

Un día amanecía como nublado, y en una calma de ansia verdadera, comenzaba a bajar, sin dejarse sentir, una llovizna... de tierra. Era polvo de médano, soliviado por los vientos hasta las nubes. Entonces se ponía frío y toda esperanza de lluvia huía hasta perderse.

Pero volvían los calores entrañudos como un odio.

Nubes falsas emparejaban el quebrado horizonte de los cerros, nubes machorras de agua. Como guiños de burla fosforeaban a noches los relámpagos o el trueno se desperezaba dormido.

Las gentes de las estancias y los puestos comprobaban día a día el avance de la seca, como una mala noticia que va confirmándose. Nunca habían visto el cerro en mano tan dura. Campos y bestias sufriendo al modo de un alma remordida.

La hacienda, llegada a ese punto en que, como dicen, no se le cae los huesos por respeto al cuero, no tiraba más. Mulos y yeguarizos, flacos como para servir de cabalgadura a la muerte, iban volviendo todos al poblado. Y qué menos, si arreados por la calamidad, hasta las perdices y los suris mismos llegaban en ocasiones a las casas.

El pasto de semilla se había secado al salir y del de raíz quedaba apenas para muestra. Con todo, aguerrida para el cerro como los chaguares, la bagualada no daba el brazo a tocer así nomás. Podían rastrearse huellas torunas en las marañas más tupidas o en sitios que sólo pisan los venados. Las vacas metían asta a los cardones, con cuyo corazón jugoso entretenían hambre y sed a la vez.

Pero la cuesta arriba era muy larga y la hacienda comenzó a entregarse. ¡Ah, pucha! Fué primero alguna vaca vieja hallada cerca de las casas. Después un buey arador. Y siguió la cuenta. En el río o en la aguada seca se echaban, cansados por la muerte, para no levantarse, o se despeñaban en un dos por tres, sin fuerzas para nada. Lo que es por achuras, el león no tenía que afligirse mucho. Muy al revés la gente de la estancia, que no pudiendo salvar la carne, cuereaban sin tregua, aunque la faena los vencía... Malhaya, a modo de piedras overeaban en el río las reses muertas. Y los caranchos y chimangos como mosquerío...

A los hombres los tentaba el llanto. ¿Hasta cuándo durará la función? Los cerros pelados mostraban sus grandes arrugas, envejecidas. Se levantaba el polvo más ligero que ceniza al primer amago del viento o si éste pegaba de firme, la tierra polveaba hasta ahogar, como una alfombra sacudida. No iban quedando más que jarillas en el campo soltado de la mano de Dios, y las osamentas desparramadas por cualquier parte, más blancas ya que huevos de paloma.

En el lecho del río, la torada cavaba tierra con un mugido que daba lástima, como llamando a la lluvia arisca o llorando los días dichosos con sus mañanitas húmedas como morro de ternero y sus cerros emponchados de pasto.

Pero es de más cuando el cerro se da vuelta del mal lado como una taba. Y qué iba a faltar el incendio, esa cola que siempre trae la seca. Del rescoldo que dejó la fogata de un pastor, del pucho tirado por algún campeador, saldría, quién sabe. Apareció una oración para el lado del Sur sobre un filo distante, y desde entonces invisible de lejos en la cegadora brillazón del día se dejaba ver recién a la caída del sol, y era el asombro de las noches como un cometa. Catorce días y catorce noches venía caminando ya hacia el Norte, sin cejar.

Y una siesta inmóvil bajo el apretón del sol como un toro empacado, las nubes que venían amenazando de días atrás, parecieron decidirse al fin, y un nubarrón barroso obscuro hizo punta hacia arriba. Otros le siguieron, y, de pronto, como con miedo, el día se hizo chiquito ante ellos. Se oyó un ruido como venido de bajo tierra, y el viento, chasque de la tormenta, trajo la primera noticia. Los árboles se estremecieron oyéndola. Gritaron dos chuñas con alboroto de mujerío. Y creyéndoles a ellas, algunas vacas que escarbaban el suelo, mugieron entrañudas, venteando agua. El calor se hizo más grueso. El aire sudaba. Lejos, empezó a rebramar el trueno. Había en las pausas un silencio sin fondo. La tierra, y hombres y bestias esperaban como en un acecho de vida o muerte.

Vino otra vez el viento en un envión más largo. Los pájaros volaron enloquecidos. Los árboles de las faldas tambalearon como borrachos, tratando de agarrarse a las peñas para no caer.

El trueno siguió rejurando más alto su enojo. Las nubes que iban a parir bramaban como la vacada sedienta. Pero por debajo de ellas, otro ruido más tupido hizo parar la oreja a la gente que en el galpón de la estancia aguardaba con el corazón en vilo.

—¡Oh!... ¿Piegra?

—¡Piegra! ¡Piegra!... ¡El Señor nos ampare!

Como cediendo a un amago las mujeres y los niños agachándose cayeron de rodillas, y se oyó rezar como ante un muerto, mientras los hombres inmóviles miraban sin ver.

Pero el granizo no llegó, y las primeras gotas comenzaron a caer ralas, lerdas, desganadas, virueleando el suelo que polveó como un rescoldo. Y el campo olía ya como pañuelo de novia.

En eso el trueno se sacudió otra vez con más fuerza y la tormenta se vino cielo abajo de golpe.

Por ratos el viento quería todavía dar pico, pero el agua acribilladora lo acoquinó al fin. Con las cabezas gachas los animales, quietitos, daban el anca a la lluvia. Corría ya el agua por el suelo abriendo acequias por todos lados. Corría por las quiebras del cerro como por los pliegues de un poncho. No lejos de la casa, el torrente saltaba gruñendo y echando espuma como un perro.

Y la lluvia siguió cargando la mano; mermaba a ratos para pegarle con más ganas. Ya no parecía un desagravio del cielo a la tierra, sino más bien como un desquite. Hasta que el ruidaje inacabable como el de la langosta cuando llega en mangas que tapan el cielo, se sintió venir de lejos. La creciente. Y llegó con su espuma delantera, calladita como si viniera en puntas de pies. Y cruzó durante el resto de la tarde y cruzó durante toda la santa noche, golpeando los pedrones como si hiciera crujir los dientes.

Y al otro día, entre el contento de campos y cerros recién paridos, se vió lo que tenía que ser. Era difícil que el agua no cobrase nada. Y el río había arrastrado árboles, vacas, burros, cabras y un arria de mulas cargadas.

LUIS FRANCO

ILUSTRACION DE LUIS MACAYA

Penumbra

Alma sombría, oceánida nocturna,
que al sol se borra y que la sombra ampara
sale a encontrarme en la penumbra avara,
como si se escapara de una urna.

Ni orgía negra, ni faunalia diurna;
idilio de crepúsculo y mampara,
donde la obscuridad se vuelve clara,
donde la luz se pone taciturna

Una unión substancial de eucaristía,
y, en un silencio que la voz alfombra,
la soledad, toda cerrada al día.

Callamos. Ni la nombro ni me nombra.
Y nos dormimos en la compañía
del Sueño, salamandra de la Sombra.

Roberto Ledesma

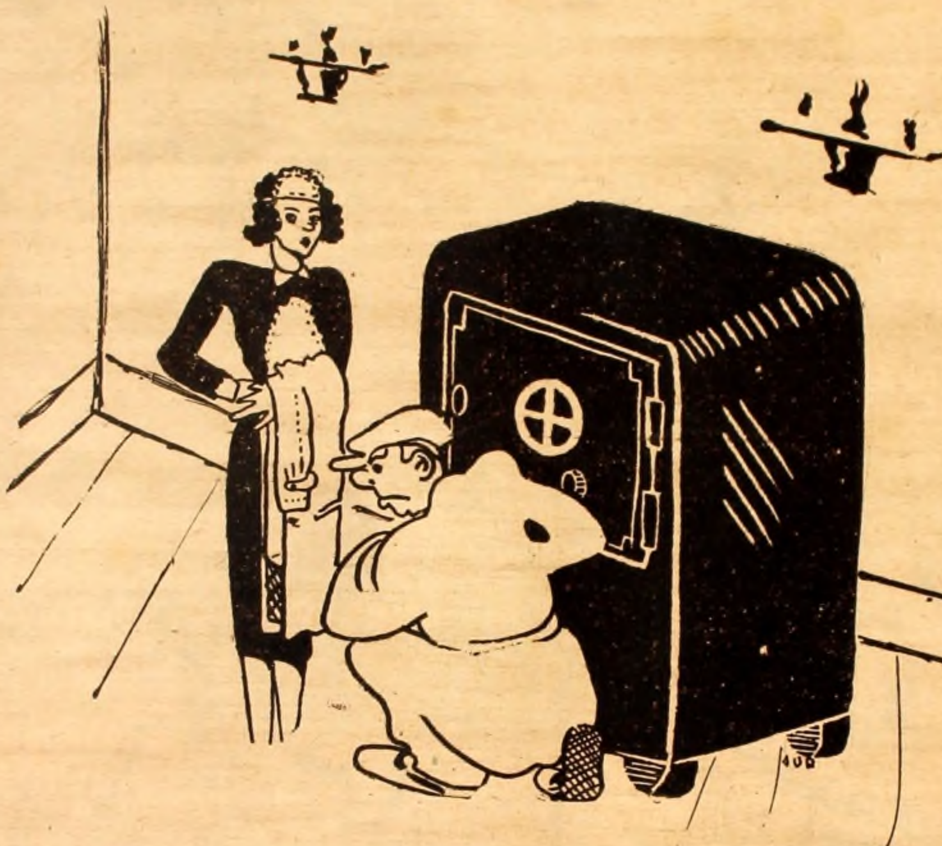


Sensación de movimiento en la inquistante hora del atardecer en la esquina de 18 de Julio y Andes.- Apuntes de SIFREDI.

"HAZ BIEN..."

SATURNINO era un muchacho trabajador y honrado a carta cabal, y, por ende, pobre como las ratas, pues sabido es que estas tres cualidades se dan reunidas en una misma persona con una frecuencia que ni las mismas estadísticas —que todo lo enredan— son capaces de desvirtuar.

Pero Saturnino además de pobre, honrado y trabajador era—y esto ya no es tan frecuente—un filósofo admirable extraído de las canteras de la plebe. Claro está que él antes de llegar a aventurarse por los laberintos y recovecos de las disquisiciones filosóficas, habíase preparado bien saturándose de ciencia merced a la hábil asimilación de toda la letra impresa que caía en sus manos, desde las emocionantes aventuras de los héroes de Salgari y Julio Verne hasta los profundos diálogos de Platón, pasando por los torturados y torturadores personajes de Shakespeare.



En el preciso momento en que tengo la feliz idea de presentarlo a mis lectores —voy a abrigar por un instante la dulce ilusión de que del sinnúmero de adictos a EXCELSIUS alguno me lee— transita por una de las principales calles de la ciudad, abstraído como siempre en profundas meditaciones, un poco desacordes con la plebeya diligencia que tiene que evacuar.

Sobre un hombro transporta un hermoso aparato de radio, de los llamados de capilla, que por encargo de su patrón tiene que instalar en casa de un cliente.

Y ahora escuchad, oíd sus meditaciones que yo pondré ante vosotros valiéndome de ese misterioso poder que poseemos todos los cuentistas, y conste que en este apelativo envuelvo solamente a los que manejamos la pluma, y no a los que esgrimen el sable.

Y una vez hecha esta importante aclaración, oigamos lo que dice Saturnino:

—Pues señor, definitivamente la vida del pobre tiene menos atractivos que una novia fea, vieja y sin dote. ¡Qué mal está todo distribuído! Esta señora que ha comprado el aparato que voy a instalar es una solterona que tiene más millones que años cuenta. Y ya se sabe, hoy se gasta dos mil pesetas en una radio que le da traducidos hasta los discursos de Hitler, mientras que yo me tengo que conformar con 7,50 por ocho horas de trabajo. Esto no es justo. Y esto no es justo porque aún tengo que sufrir un descuento de cero veinticinco para una Sociedad de socorros mútuos. Yo, con esas dos mil pesetas, qué cosas haría. ¡Dos mil pesetas!... ¡Dios mío! No es posible que exista una cantidad tan grande.

Pero dejemos a Saturnino con sus meditaciones filosófico-sociales, y—como dicen en las novelas por entregas—trasladémonos con las alas de nuestra imaginación a la casa de esa señora donde nuestro héroe se dirige.

Ya estamos. Hace un momento que Juanita, la criada, abrió con sumo cuidado la puerta de la escalera y franqueó la entrada a un joven con trinchera al brazo, que segundos antes había llamado con mucho sigilo y con cuatro nudillos relativamente huesudos, haciendo una señal misteriosa cuya transcripción onomatopéyica podría ser esta: "¡Una copita... de ojén!"

—¿Nadie?—dijo él en un soplo.

—Nadie—contestó ella como el eco.

El joven, sin añadir palabra, entró rápido en una especie de despacho, arrojó la trinchera sobre una silla y se arrodilló decidido ante una caja de caudales.

—¿Has conseguido la combinación?—inquirió apremiante.

—No me ha sido posible. La señora es más desconfiada que el cajero de un Banco.

—No importa, yo la abriré.

El joven sacó una caja de cerillas de diez y frotó furiosamente las yemas de los dedos de su mano derecha en la parte arenosa destinada a rascar los fósforos. La criada, su cómplice, no hizo ni una mueca de extrañeza, pues ella, que había leído novelas policiacas, sabía que aquella operación era para dar más sensibilidad a sus expertos dedos.

El joven, durante unos segundos, acarició los botones de la caja, acercó a ella su oído atento, y a poco exclamó radiante:

—Ya está.

En efecto, a continuación abrió la caja y apresuradamente sacó un fajo de billetes, que con mirada rápida y experta calculó:

—Cinco mil pesetas.

Guardó los billetes en un bolsillo de su trinchera que volvió a dejar sobre la silla, y nuevamente se dirigió a la caja para registrarla con más detenimiento.

—Bueno, no hay más—afirmó después—. A pesar de todo, no ha sido mal golpe. Chica, ¿no tienes nada para beber? Tengo la boca seca.

—Sí, ven. Aquí, en el aparador, habrá algo.

De pronto, "¡rrririntt!", un timbre atronó la casa y dejó clavados a los dos compinches en el suelo.

—¡La señora!—aseguró ella aterrada.

—¡Atiza!—exclamó él—. ¿Por dónde hago mutis?

Por la escalera de servicio. Corre. Ven.

Salieron de estampía, y a poco volvió Juanita haciendo grandes esfuerzos para serenarse. Abrió la puerta de la escalera; pero no era la señora, sino nuestro ya conocido Saturnino.

—¿Doña Eduvigis Lara?

—¿Lara?

—Sí; Lara, Lara—repitió impaciente Saturnino.

—¡Caramba! Parece que estamos ensayando un dueto cómico—dijo Juanita ya tranquila. Aquí es; pase, pase. ¿Viene usted a instalar el aparato que ha comprado mi señorita, verdad?

—Así es.

—Pues la señorita no está en este momento.

—Eso no es óbice. Enseguida termino.

Juanita quedóse un instante pensativa, pues no acababa de comprender aquello de "óbice"; pero al fin se encogió de hombros y se dijo: "Será una marca de radios".

Saturnino se puso a trabajar. El timbre de la puerta volvió a sonar. Ahora sí era doña Eduvigis.

—¡Ah! ¿Ya está aquí la radio?—dijo con esa incongruencia tan extendida de preguntar lo que estamos viendo.

—Sí—corroboró nuestro joven—. Enseguida quedará instalado.

En aquel momento doña Eduvigis vió la trinchera abandonada sobre la silla.

—¿De quién es esta porquería?

Juanita la miró aterrada. Hasta entonces no se había dado cuenta que con lo repentino de la huída no se acordaron de la trinchera, y allí estaba, acusadora, dispuesta a delatarla irremisiblemente. ¡Cuántas maldiciones dedicaría en aquellos momentos su compinche a la imprevisión que les hizo dejarla olvidada!

—Esta porquería, digo, esta trinchera..., es de... de... ese joven que ha traído la radio—dijo al fin con inspiración salvadora.

Saturnino la miró asombrado, dispuesto a protestar. El no quería apropiarse de una prenda que no era suya, máxime habiendo sido ya calificada gráficamente de "porquería". Pero había en la mirada que Juanita le dirigió tal expresión de súplica angustiada, que calló conmovido.

—Ya comprendo—pensó—. Habrá venido su novio a visitarla, y vieron el idilio cortado con mi llegada. Y claro, él se dejó la trinchera olvidada. ¡Pobrecita! La ayudaré a salir de este apuro.

Y asintiendo con la cabeza a una interrogadora mirada de doña Eduvigis, prosiguió su trabajo.

Cuando hubo concluído, recogió sus herramientas y se dispuso a marchar. Ya estaba en la puerta cuando oyó la voz de la señora:

—¡Eh, joven! Que se deja usted la trinchera.

—¡Ah!, es verdad. ¡Qué cabeza!—afirmó sin gran convicción, y miró a la criada.

Esta, con cara de gran espanto, repartía sus miradas entre la trinchera y Saturnino, sin que se pudiera asegurar qué era lo que quería decir con aquellos ojos tan bonitos que el espanto hacía más bellos.

¿Estará haciendo votos por que el joven se llevara la trinchera, sacándole de aquel horible compromiso, o, por el contrario, pensaría en las cinco mil pesetas que había en sus bolsillos y que indudablemente no volvería a ver?

Saturnino, que ignoraba esto último, interpretó lo primero ante la expresión aterrada de la asustada muchacha, y, dispuesto a ayudarla, por una vez se sintió Quijote contra sus más enraizadas ideas, tomó la trinchera con aire desenvuelto y salió con paso decidido de la casa, satisfecho y contento por aquella buena acción que había de llevar la tranquilidad a tan bella y simpática muchacha.

Y mientras se alejaba, pensaba con un dejo de amargura que en tanto otras personas se gastaban dos mil pesetas en un objeto superfluo, él no tenía para cubrirse bajo la lluvia más que una trinchera grasienta y vieja, y que, por añadidura, había llegado a sus manos por caminos bien anormales.

Y, entonces, repitió el estribillo que tanto le obsesionaba:

—¡Ay, si yo tuviera dos mil pesetas!...

JUAN IZQUIERDO CUESTA

CINES

June Knight joven actriz de la Universal.

☆

Russ Colombo barítonista de la pantalla que ha fallecido recientemente en forma trágica en Hollywood.—





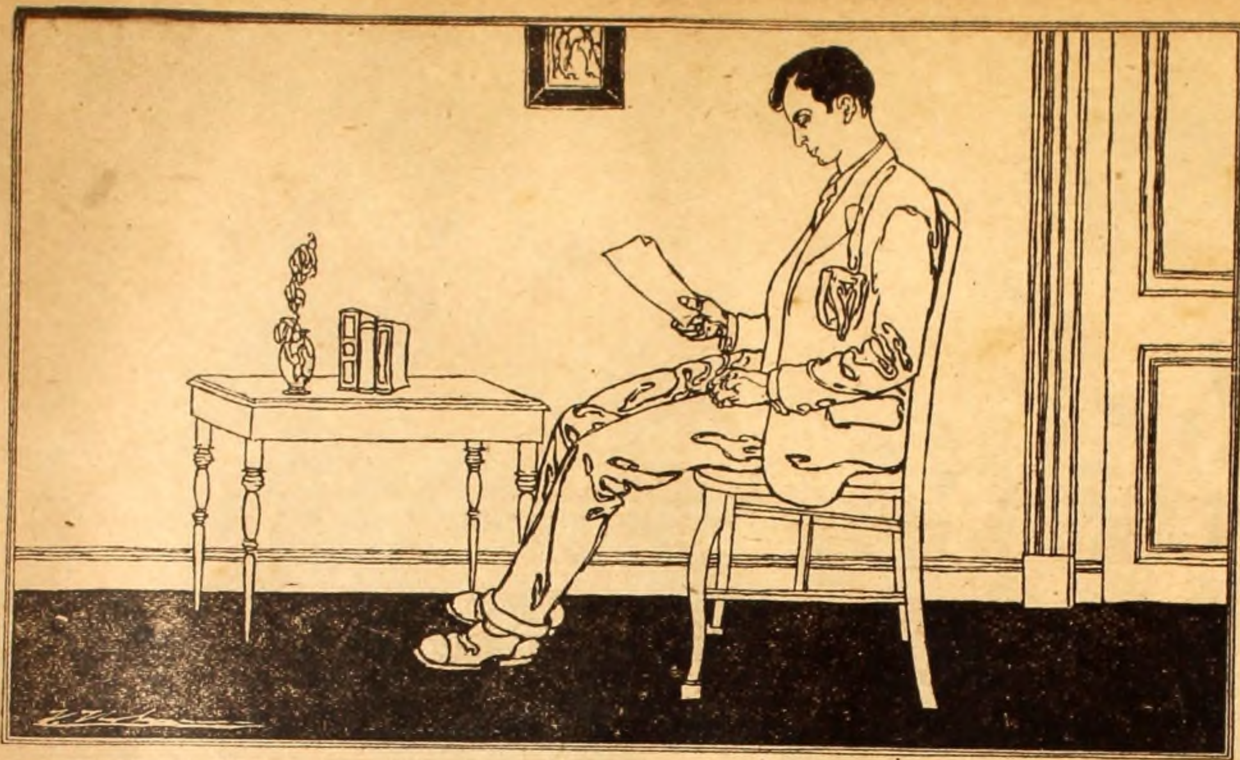




Irene Bentley, de la FOX, que intervendrá en nuevas películas.—



Bárbara Stanwyck, principal intérprete de "Siempre en mi corazón".



UNA GRAN AVENTURA

ILUSTRACIONES DE JUAN HOHMANN

I.—YO, VIAJERO

CUANDO cumplí treinta años lancé al mercado mi segunda novela. No obtuvo, cierto es, más que doce compradores auténticos, a semejanza de la anterior, pero me dió vasta notoriedad de hombre de letras. Esta es—pensaba interiormente—la terrible fuerza de los comentarios periodísticos y de las vidrieras de las librerías modernas. Merced a unos y a otras yo me sentía persona importante, y merced, además, a una licencia de quince días (con goce de sueldo) que me otorgaron en la Oficina de Puentes y Caminos del Ministerio de Obras Públicas, decidí irme a Montevideo, donde disponía de algunos amigos en la prensa de dicha ciudad.

Entre éstos figuraba Pablo Villegas, quien había saboreado golosamente la prosa impecable de mis dos obras maestras. Anunció, pues, en tierras uruguayas la llegada del "egregio literato bonaerense". Ese literato era yo. Este aviso—quizá excesivo—surtió en seguida su natural efecto, y casi al desembarcar tuve que someterme a un peligroso reportaje. Me preguntaron cuáles eran mis ideas acerca de "la técnica de la novela" y qué opinaba respecto a "los nuevos rumbos del género en Europa". Debo declararlo sin ambages: en materia de "técnica" nunca he entendido un palote, ya que escribo "a la buena de Dios", y este procedimiento estético no lo he visto mencionado jamás en los manuales escolares y en los volúmenes de alta crítica. En lo referente a los "nuevos rumbos", no soy, precisamente, un especialista, porque mis ocios—por prescripción médica—suelo consumirlos solamente en el empleo de que disfruto desde hace ocho años. Allí, en las horas de tarea, hojeo (u ojeo), con mis compañeros de trabajo, los diarios de la tarde y las revistas semanales porteñas. De éstas, lo que más nos deleita son las páginas dedicadas a las playas extranjeras y nacionales.

Pese a las confesiones, acaso imprudentes, que acabo de formular (y que ruego se conserven con escrupulosa reserva), me despaché a mi antojo sobre los temas que el repórter quiso someter a mi ilustrado criterio. De esta suerte, y gracias también a dos retratos retocados que publicaron los periódicos de mis amigos, quedé convertido en un "turista literario" digno de ser tomado en consideración. No ha de olvidarse que yo—dicho sea sin falsa modestia—soy bastante fotogénico.

Al siguiente día de haber sido así expedido de un solo envión a la gloria, recibí la carta de una dama que—según manifestaba—quería conocerme. Era compatriota mía, oriunda del Rosario, casada, y muy "afanosa de instruirse". Me invitaba a tomar el té y pedía que le contestara si aceptaba el convite.

Dudé. Releí la epístola. Me mareó su perfume. Observé sus trazos nerviosos. Quedé atónito ante el tono chillón de su tinta violeta. Palpé la finura del papel y acaricié con mano temblorosa el moderno monograma que lo adornaba. Volví a dudar, "sumido en un mar de perplejidades", original frase esta última que utilizo hasta tres veces en mi novela de costumbres burocráticas titulada "Las horas del reposo y del ensueño". Cuando salí a nado del mar de perplejidades en que zozobraba y gané la orilla de la propia confianza, avisé a mi admiradora—por medio de una tarjeta—que a las cinco de la tarde iría a su casa.

No bien hube despachado al mensajero, me asaltó el arduo problema de la vestimenta. En mi reducido equipaje de empleado nacional (con licencia) no contaba con un traje adecuado para la ceremonia a que iba a asistir. Apenas si un descolorido indumento azul—asaz arrugado—me daba la engañosa ilusión de poderlo lucir en la arriesgada entrevista. Le hablé a Pablo Villegas en demanda de ayuda, y el buen camarada, que era de mi estatura, aunque más delgado, se brindó a prestarme, con generosidad enternecedora, un claro pantalón de fantasía. En él, aquí y allí, como al desgaire, aparecían varias manchas grasientas, seguro indicio de la escasa prolijidad de mi dilecto propagandista. Con un poco de paciencia y otro poco de bencina limpié aquella prenda salvadora. Después mandé planchar el saco y el chaleco que debían completar mi vespertina elegancia. Hecho esto, y afeitado con esmero minucioso, aguardé a las cinco.

II.—EL "COUP DE FOUDRE"

Inquieto temor me embargaba cuando llegué a la casa donde vivía aquella misteriosa dama. La criada hízome repetir varias veces mi apellido y otras tantas me respondió que el señor hallábase ausente.

—No, no; si es a la señora a quien vengo a visitar. Dígale usted que está Requena, el autor de "Las horas del reposo y del ensueño".

Se iluminó el rostro de la fámula.

—¡Ah!, sí, el escritor de Buenos Aires. Sí, señor; pase usted.

Comprobé con orgullo que mi fama indiscutible invadía ya los dominios del servicio doméstico. Me sentí íntimamente el Jorge Ohnet, argentino.

Entré a un vestíbulo donde no había luz alguna. Al poco rato divisé una silla y esperé allí, en actitud expectante, alrededor de quince minutos. Transcurrido tal intervalo, la mucama me introdujo en una sala muy coqueta, llena de divanes y almohadones y en la que había una estatuilla monísima y poco conocida: un chicuelo, pudorosamente desnudo, extraíase de la palma del pie izquierdo la espina que lo punzaba... Esto lo deduje, más que lo vi, luego que me hube habituado a la semiobscuridad del recinto, tenuemente iluminado por un fanal chinesco que difundía en la estancia la conturbadora opacidad de su lamparilla roja. En las paredes sospeché dos retratos al óleo: el de una matrona de pelo cano y abundantes carnes y el de un señor esmirriado de poblados y retorcidos bigotes.

Esta pareja—díjeme con sagacidad de novelista—ha de haber dado al mundo a mi incógnita admiradora. Desde mi fuero interno saludé a ambos con respetuoso agradecimiento.

Recorría aún la intrincada red de mis hondas cavilaciones cuando se abrió la puerta y apareció la mujer de mis desvelos, de la cual sólo pude adivinar los contornos de su figura. La supuse esbelta y la imaginé rubia.

Me tendió, afable, su tersa mano, y quedé anonadado.

Habló en raudos minutos de su pasión por las letras; se refirió a mis producciones, y me pidió disculpas porque la conversación debía terminar fatalmente, "fatalmente"—y lo recalcaba con pena—en ese instante. No podía atenderme. Una tía del esposo encontrábase gravísima, y mi interlocutora comprendía que su lugar estaba a la cabecera de la enferma. No había podido avisarme: acababa de recibir la infausta nueva. Me rogaba, me exigía, en consecuencia, que al día siguiente honrara su mesa.

Salí confuso. Comprendía que, a la distancia, había despertado una pasión profunda, y yo, a mi vez, me sentía turbado: en torno mío, ¡ay de mí!, aleteaba el amor...

Por otra parte, el pantalón de Villegas me comprimía atrozmente el abdomen y decidí volver al hotel para eludir el cruel y ya inútil tormento.

III.—LA ANSIADA NOCHE

Agudo sobresalto sentimental—indigno de un empleado de Puentes y Caminos — conturbó mi sueño. Suspiré por Ofelia (así se llamaba mi reciente amiga) con regularidad cronométrica y maldije el exiguo sueldo que me vedaba la adquisición de un pantalón de fantasía para mi exclusivo uso.



A las 8 de la noche—y previa la "toilette" de circunstancias—me acerqué a la residencia de mi adorada. Recorrí de nuevo la "via crucis" del lóbrego vestíbulo y de la salita penumbrosa. Encontré a los deudos de Ofelia callados y solemnes en sus bastidores de lienzo. Hasta se me antojó que, en mi obsequio, musitaban algunas palabras cordiales.

Consulté el reloj: las agujas corrían sin prisa hacia las nueve. Se abrió la puerta. Mi corazón rompía—como en un verso de no sé quién—"la cárcel de mi pecho"... Entró un hombre: era el marido.

Excusó a su esposa, presa desde horas atrás de un desagradable ataque nervioso. Los padecía con lamentable frecuencia. Momentos antes de llegar yo había intentado levantarse para recibirme, mas su estado no se lo consentía. Comeríamos los dos solos y la cena en proyecto realizaríase en la semana subsiguiente. Quise irme. No me lo permitió. Conversó de sus interesantísimos asuntos comerciales y díjome después, sin orgullo exagerado, que él no leía novelas. Admitía que su señora cultivara la literatura, pues la conceptuaba un desahogo inofensivo y barato para temperamentos impresionables como el de su consorte.

Cuando pasamos al comedor, la señora, desde la habitación vecina, requirió mi presencia. Quise verla entre sus sábanas olorosas, pero me fué imposible. La luz—a diferencia de la de la sala—era violeta en su dormitorio. Alcanzó a decirme dos frases atentas, prorrumpió en un grito estridente, se contrajo en un rictus de dolor, tembló todo su cuerpo y cayó en un sopor fatigoso que sacudió las más delicadas fibras de mi corazón ardiente.

Volvimos al comedor cuando se hubo serenado, y nos sirvieron el primer plato. Hice esfuerzos por probarlo, mas un nuevo grito aterrador me heló de espanto. El cariñoso cónyuge abandonó los apetitosos fiambres y voló, heroico, al lecho de la paciente. Quiso luego reintegrarse a mi lado, pero un tercer alarido — correspondiente al segundo plato — le recordó sus ineludibles deberes maritales. Me pidió entonces que comiera solo, y así hube de simularlo, pues los sobresaltos continuos habían tenido la triste virtud de secar la fuente—casi siempre inagotable—de mi tradicional apetito.

A las once abandoné el luctuoso comedor de mis funestas torturas.

IV.—LA INDISCRECION

En rueda de amigos hablé del suceso con Pablo Villegas. Uno de los circunstantes cortó el relato y, guiñando el ojo a los otros, dijo risueñamente:

—Ya sé, ya sé: es "la epiléptica".

La noticia corrió entre los periodistas. Tanto corrió, que al presentarme a alguna persona del gremio, ésta invariablemente me interrogaba:

—¿Es usted, señor Requena, el de la aventura de la epiléptica?

—Sí—contestaba yo con azorada timidez.

—Con usted van cinco... Es el impuesto que pagan aquí casi todos los literatos argentinos...

V.—EL RETO

Llevaba una semana en Montevideo y me prometía estar otra. Prefería ser menos admirado y vivir tranquilo mi mísera licencia del Ministerio.

Pero me aconteció a la sazón un hecho capaz de hacer abjurar de la literatura a un artista de menos vocación que la mía. Eran las seis de la tarde del séptimo día de vida montevideana. Recibí la visita de dos caballeros que, en representación del marido de Ofelia, exigíanme una reparación por las armas. Su ahijado se había enterado de mi "indiscreción incomprensible" y reclamaba que nombrara inmediatamente mis padrinos, pues el duelo era forzoso. Con entereza espartana les repuse que aceptaba el reto, aunque no era yo el culpable de la inesperada difusión que la noticia había adquirido.

Me sentía protagonista de una curiosa novela y esto satisfacía mi orgullo, mas la posible muerte en tierra extraña—yo que soy tan patriota—sacudió mi dormida conciencia. Entonces, en un rapto de súbita determinación, tomé esa misma noche el vapor de la carrera. Ahora, venturosamente, ya estoy en mi querido y siempre añorado país. He vuelto a la oficina de Puentes y Caminos del Ministerio de Obras Públicas y en ella vivo, sin fatigas, las horas del reposo y del ensueño.

JORGE DAVID REQUENA



INCIDENCIA DEL MATCH DE RUGBY JUGADO EL DOMINGO EN LA BLANQUEADA ENTRE LOS TEAMS DE EXTRANJEROS Y EL EQUIPO URUGUAYO, GANANDO ESTE ULTIMO POR EL SCORE DE 13 A 9



ECTOR SCARONE, el "mago" del balompié, candidato serio para integrar el quinteto delantero de su viejo club. Su reaparición es una de las notas más salientes del football local en la presente temporada.

GARAY. Este joven footballer de Peñarol, es la esperanza de su club en la gran contienda de esta tarde.





JOSE PIENDIBENE. El otrora "maestro" de los ejes delantero aurinegros, que en esta semana se hízo cargo del puesto de director técnico del club de sus amores. De su labor la falange peñarolense espera mucho de bueno.



POR VEZ primera DEAGUSTINI defenderá los colores de Peñarol frente a Nacional. El "voluminoso" back piensa reeditar una de sus mejores actuaciones.

CABRERITA, el voluntarioso "pibe" de Nacional, que es serio candidato a ocupar la plaza de zaguero izquierdo. Se tiene fe en el desempeño del jovencito.





FRENTE DE LA EXPOSICION, CALLE 18 DE JULIO CASI ESQ. MAGALLANES, EN UNO DE CUYOS LOCALES SE LEIA: "MUSEO DE LA A. RURAL DEL URUGUAY". DIBUJO DE CARLO CERONETTI

CASI 25 años transcurrieron desde el día en que los hombres de nuestra campaña lanzaron la idea de reunirse en una exposición agropecuaria hasta el día de su inauguración en el año 1883.

Es cierto, que todas las nuevas iniciativas, han debido luchar en nuestro país en formación, con un sinnúmero de inconvenientes, pero no deja de llamar la atención que justamente ese asunto relacionado con la riqueza madre, única fuente de recursos con que se ha contado antes y después de la Independencia y, sobre todo, a la que se han dedicado preferentemente los habitantes de estas tierras vírgenes, hayan debido vencer una cantidad considerable de obstáculos, para poder iniciar el inventario de la riqueza pública.

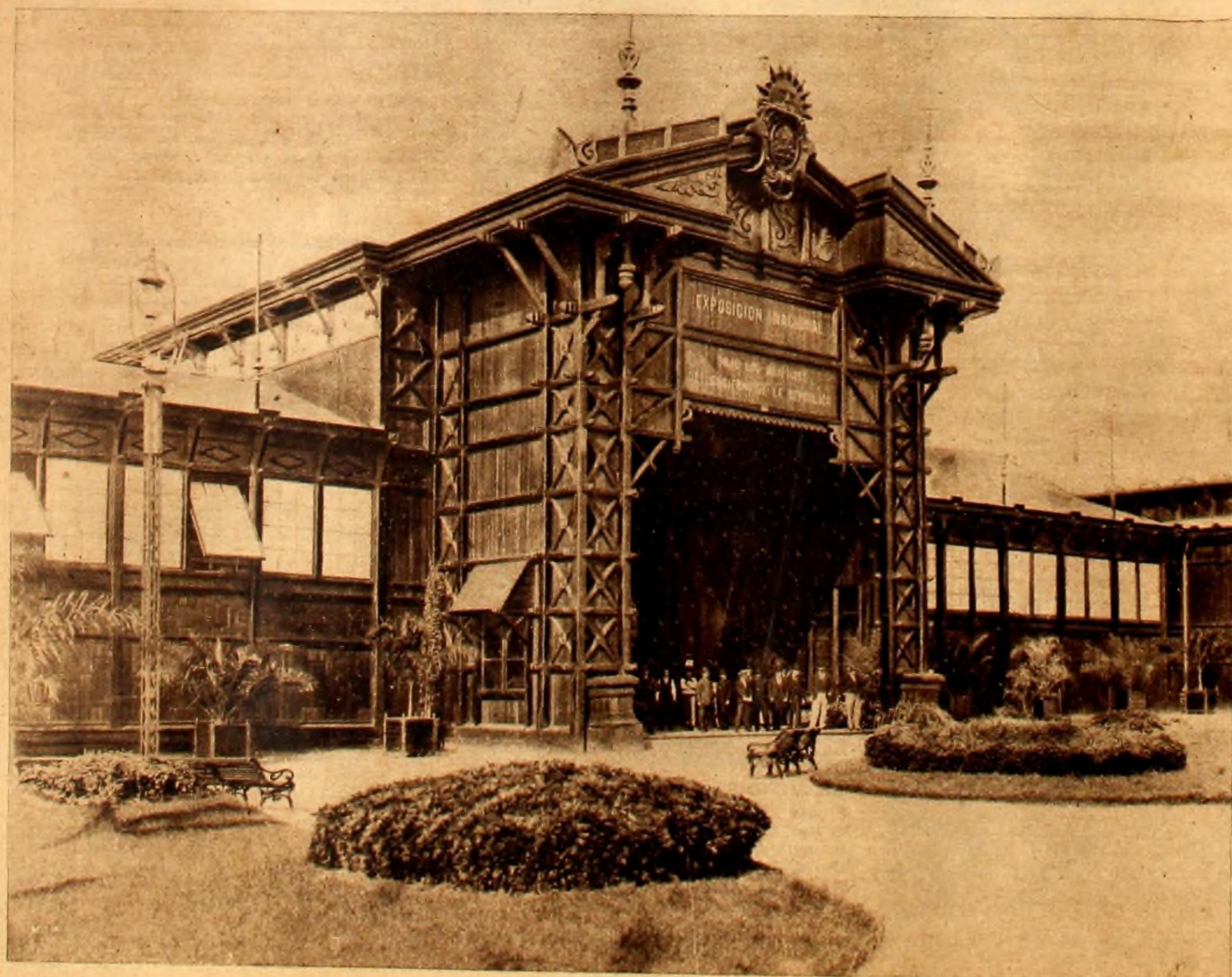
Ya en 1860, un núcleo de insignes varones lanzó la idea de ese primer certamen ganadero y agrícola, para palpar el desarrollo económico del país, pero las guerras civiles, las crisis y otras calamidades que soportaba la campaña, fueron postergando año tras año aquella iniciativa.

La paz de Octubre de 1872 hizo surgir nuevas esperanzas y así fué que de inmediato fueron convocados los ganaderos para el torneo que debía celebrarse en Diciembre de 1874, pero nuevos acontecimientos políticos y el motín militar del 75 impidieron su realización.

Nombrado Gobernador provisorio don Pedro Varela, compenetrado de la importancia de aquella gestión, que sostenían con calor todos los miembros de la Asociación Rural del Uruguay, promete su decidida cooperación, al mismo tiempo que era reducido a prisión y deportado a La Habana en la barca "Puig" el Sr. Juan Ramón Gómez, presidente de la comisión organizadora y propulsor incansable [...] aquel primer concurso agropecuario [...]

Se proyecta entonces para 1876, y [...] bien corridos los primeros trámites, [...] nemos la revolución tricolor, el [...] miento del coronel Latorre, una [...] crisis económica, la clausura del Ba[...] donde estaban depositados los fondos [...] la entidad organizadora y todo ello, [...] es natural, traía aparejadas nuevas [...] tergaciones.

No desmayan por esto los rurales; [...] el contrario, despliegan nuevas acti[...] des, programan y proyectan una nu[...]

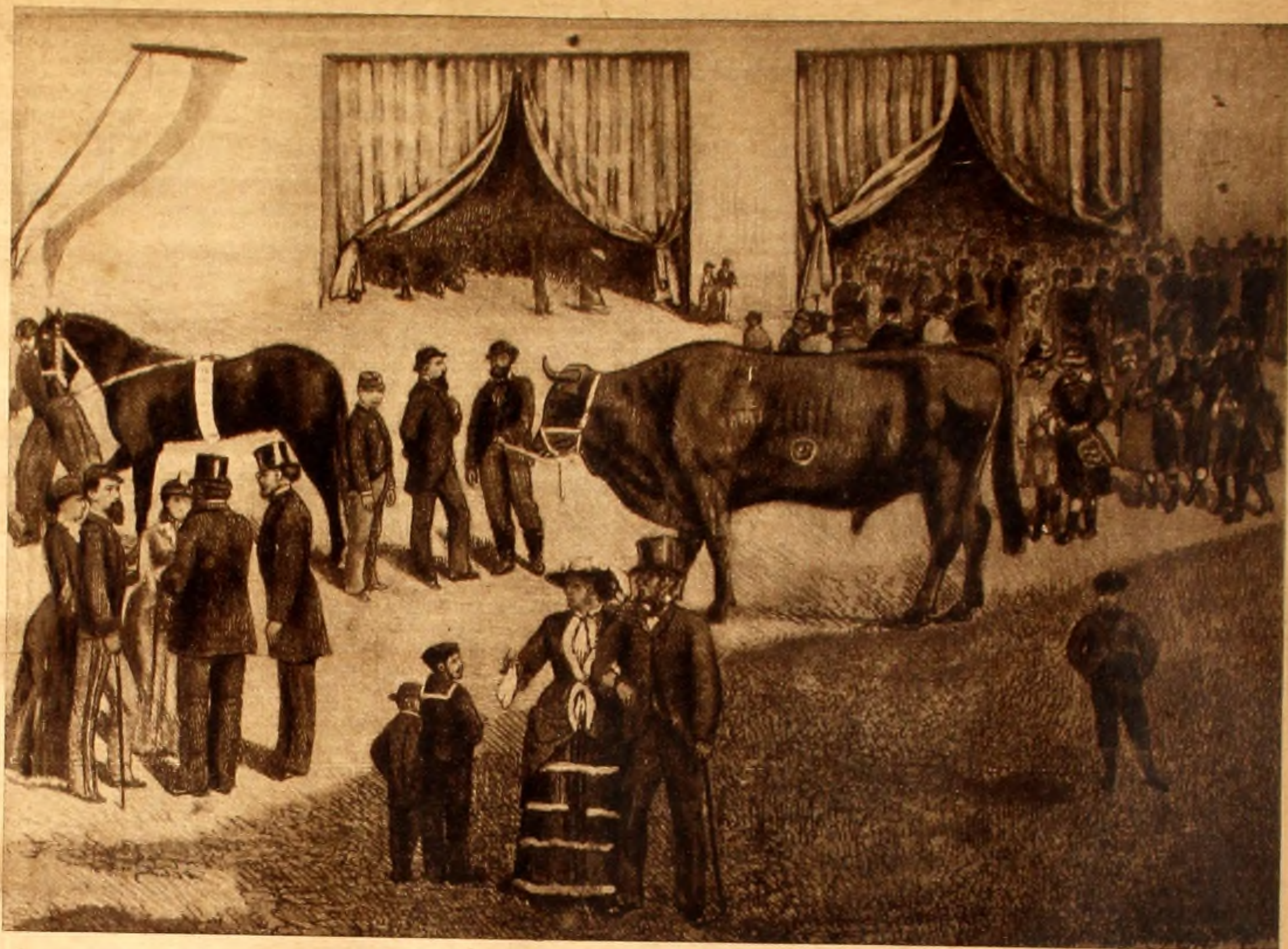


FRENTE DE LA 3.a EXPOSICION GANADERA - AGRICOLA, LEVANTADA EN 1895 EN LA PLAZA DE ARMAS.



LOS VACUNOS DE RAZAS LECHERAS [...] PUEDEN SERVIR DE BASE PARA [...]

...IERA
...GANADERA
...VIDEO



...DE POLICIA,

... y muv marca

... puede vender ... marcas del margen, respecto ... competente guía de Campaña ... 30. de Abril

... AÑO 1838, EN ...S DE GANADO ...NTE DE LA PO... ...VIDEO

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, Gral. SANTOS, MINISTRO DE GOBIERNO Dr. CASTRO Y Dr. DOMINGO ORDOÑANA, INAUGURANDO LA PRIMERA EXPOSICION GANADERA DE MONTEVIDEO. DIBUJO DEL PINTOR ITALIANO CARLO CERONETTI

...o para el año de 1881, se publica ...o y reglamento respectivo, in... ...l la propaganda, consiguen la ...del Gobierno, eligen el local pa... ...na, ubicado en la Plaza Cagan... ... la fecha de la inauguración ... 9 de Abril de 1882, conmemo... ...pasada de los Treinta y Tres, ... todo hacía presumir que final... ...a vez los hombres de la cam... ...n realizados sus deseos, es pos... ...uevamente a pedido del propio ... de la República.

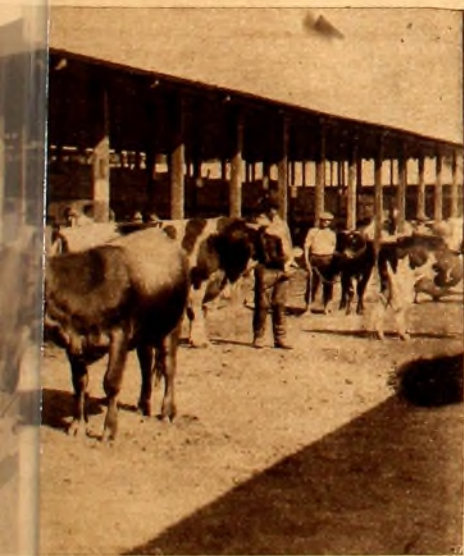
...or fin el 1.o de Octubre de 1883, en un amplio local de la calle 18 de Julio y Plaza Artola, que, en aquel entonces, ese paraje era mitad ciudad y mitad suburbio, a las 4 de la tarde el Presidente de la República, general Santos, el Ministro de Gobierno, Dr. Castro, y el Sr. Ordoñana, por la Asociación Rural, dieron por inaugurada la exposición, que fué todo un acontecimiento en los anales de la ganadería nacional.

El público no omitía palabras de elogio a los organizadores del torneo y a los expositores por el grado de adelanto a que habían llegado las distintas razas que poblaban nuestra campaña, significando un esfuerzo promisor.

La concurrencia se dispersó por los "pesebres" para admirar los productos expuestos; nada parecía turbar la armonía de las cosas; de pronto el público llenaba el Stand del Sr. Buxareo donde se exponía un toro con la siguiente inscripción: "Tum-Tum, hijo de Garibaldi y madre Aventurera".

Es imposible narrar las derivaciones que provocó aquel cartel. De los artículos de la prensa, parece desprenderse que aquella leyenda podría dar origen a una alteración del orden público. El Ministro de Gobierno lanzó un decreto autorizando a la Policía para penetrar en el local, retirar y destruir aquel cartel, basado en que no podía permitirse esa injuria innoble a la memoria de Garibaldi todo un general de la República; se sucedieron diversas incidencias en la prensa con el título del "Toro vengador" y el general Santos retiró los productos expuestos.

Felizmente, pocos días después, aquella fiesta del trabajo y de los productores, que sirvió de estímulo y al perfeccionamiento que hoy ostenta la ganadería nacional, fué clausurada sin mayores contratiempos.



...EN EL CONCURSO, Y QUE ...AMIENTO EN LAS EXPOSI...

...o.



PERSPECTIVA DE LA EXPOSICION CANINA DE 1895

BAILES TIPICOS PANAMEÑOS
La Pollera y El Tamborcito.—



LA "POLLERA", TRAJE TIPICO FEMENINO DEL PUEBLO EN FIESTA, CON EL QUE BAILAN EL "TAMBORITO", BAILE SUI GENERIS DEL PAIS.

LA "pollera" constituye el pintoresco traje nacional panameño con el cual se baila el "tamborito', baile este más popularizado que el punto, la cumbia, la mejorana y el danzón, que también forman parte del folklore panameño.

Una "muda" de pollera", como dicen nuestros campesinos, consiste en tres piezas: la camisa o parte superior; la falda o parte inferior y el peticote o pieza interior. La camisa está formada por una especie de pretina hecha de encajes y trencillas bajo las cuales están adheridas dos grandes arandelas de tela, finos encajes en el centro y trencillas de mundillos. La pretina va enjaretada con lana que en el centro forman dos bellotas o rosetas anteriores y posteriores. La falda es sumamente ancha y completamente larga, adornada con trencillas y volantes de finos encajes. Regularmente "la pollera" es hecha a máquina, más la tradición exige que sea elaborada a mano, pues es la pieza que la panameña confecciona con amor. La tela que generalmente se usa es la llamada de coquito, o sea flores de cualquier color sobre fondo blanco. Completan este gracioso atavío los imprescindibles "tembleques" o especie de flores elaboradas con seda y alambres de colores que son el vistoso adorno de la cabeza. El calzado con que se usa "la pollera" es la "babucha" ya sea de raso o pana, jamás con tacón. Las joyas consisten en cadenas chatas, mosquetas de perlas, zarcillos, argollas, collares de cuentas y pulseras.

"La pollera" es un traje tan vistoso y elegante, que da gracia y belleza a la mujer más desfavorecida por la naturaleza, que lo lleve. No hay mujer en el mundo que sepa llevar "la pollera" como la panameña. El alma de "la pollera" y el alma de la panameña se confunden en una explosión de gracia. Es el traje que usan desde la más humilde muchacha del pueblo, hasta la más aristocrática dama que pasea su elegancia entre lujosos e iluminados salones. La "pollera" es el traje del romance, del amor, de las noches románticas y de las horas llenas de pasión. Ver un grupo de "empolleradas" bailando el "tamborito" bajo la luna, como se acostumbra en el interior, es contemplar uno de los cuadros más hermosos que se puedan ofrecer en nuestra América Latina. Desde lejos oímos las voces que cantan al son de los tambores aquellos cantares panameños como éste: "Si me quieres me lo dices, y si no me desengañas, que en un corazón tan chico no pueden caber dos almas..."

La "pollera" y el "tamborito", que forman parte del alma nacional panameña, se acabarán cuando se acabe nuestro espíritu...

HORTENSIA CORTES
(Gloria)



NATIVA, CON LA "POLLERA"



UNA fiesta social panameña, vistiéndose la clásica "pollera" que rememora algo el vestido de algunas campesinas españolas, y se parece mucho a la famosa crinolina de nuestras abuelas. Consiste en un holgado camisón lleno de arandelas y arambeles, que deja lucir los hombros, la espalda y el pecho de las hermosas, y en una falda abultada que hace juego; completan el vestido las zapatillas de raso, sin tacones, que dan al pie femenino un aspecto delicado y diminuto. El tocado es de flores de artificio, cuyos pistilos son hebras de plata, sus pétalos tornasoladas de escamas de pescado, prendidas de los moños acaracolados a manera de peinetas.



EL "TAMBORITO", POR ORQUESTA TIPICA PANAMEÑA Y PAREJA DE BAILE.



ORQUESTA TIPICA PANAMEÑA, COMPUESTA DE TAMBORIL, UNA ESPECIE DE BOMBO, ACORDEON Y UN TANTAN.



VISTA AEREA del puerto de cabotaje de Montevideo: en primer término el edificio del Rowing Club.

Gente Menuda.



Clelia Ana Cherviere Barone.

FOTO KASAY Hnos



Matilde V. Macchi Machado.

FOTO SILVA





Mabel Rosa Causa.

FOTO MARCHESE.



Elsa Martinez Navoni.

FOTO FIGOLI



Normita y Josecito Di Nápoli Santomauro.

FOTO MARCHESE

SOCIALES.



Sta Teeny Shaw.

Sta. Rayito Spangemberg.

Son fotos por Frangella hnos.

del Mundo



Con motivo de la toma de posesión de la presidencia de la República de Colombia por el Dr. Alfonso López, se efectuó una demostración al ex presidente Olaya Herrera. Una manifestación concurrió al Palacio Presidencial, apareciendo en esta fotografía el ministro de Instrucción Pública Jaime Jaramillo Arango, la Srta. María Olaya Londono, hija del Presidente Olaya Herrera, el Dr. Alfonso López, nuevo Presidente, el ministro de Obras Públicas Alfonso Araújo, el ex presidente Olaya Herrera, Esteban Jaramillo, ministro de Negocios y el Sr. Eduardo Santos, director del diario "El Tiempo", designado recientemente delegado de su país ante la Comisión que estudia el conflicto del Chaco.

LOS RESTOS DEL EMBAJADOR DE RUSIA EN FRANCIA, V. S. DOOGALEVSKI, FALLECIDO RECIENTEMENTE EN PARIS, SON CONDUCIDOS POR ALTOS OFICIALES DEL GOBIERNO SOVIETICO. APARECEN EN LA FOTOGRAFIA STALIN, LITVINOV, MOLOTOV, KALININ E YCHUBAR.



CON MOTIVO DE LA VISITA A FRANCIA DE UN GRUPO IMPORTANTE DE OFICIALES DE RESERVA DE LA ARMADA BELGA, SE REALIZO EN EL MUSEE DE L'ARMEE UN HOMENAJE AL REY ALBERTO I. SE DESCUBRIO SU RETRATO, OBRA DEL PINTOR EMILE BAES, Y SE COLOCARON EN UN VASO ARTISTICO, OBRA DEL ESCULTOR JAVAUX, PEDAZOS DE LA ROCA CON LA QUE SE GOLPEO LA CABEZA, ENCONTRANDO LA MUERTE EL REY DE BELGICA.





UN PERRO ALSACIANO CRUZA UN ARCO ENCENDIDO PARA SALVAR A UN MUÑECO. LA MARAVILLOSA INTELIGENCIA DE ESTOS PERROS HACE QUE EN MUCHOS PAISES SE LES UTILICE PARA COLABORAR CON LOS BOMBEROS EN ACTOS DE SALVAMENTO.





EL PINTOR ARGENTINO: H. BUTLER.

oracio Butler nació en Buenos , hijo de padres uruguayos; co- ó sus estudios de arquitecto que donó para dedicarse a su verda- vocación. Después de muchos de estudio ante la realidad ob- a, orientó sus búsquedas en un do poético.

lás que nunca, opina Butler, las plásticas deben orientarse hacia naginación oponiéndose así a los os extraordinarios de expresión ínica. Ya sea por medio del óleo, áminas de metal o de un decora- su preocupación inicial es la su- ión poética.

no de los problemas que parece dominar parte de su producción actual, es el aislamiento angustioso en que se encuentra la pintura frente al estado social contemporáneo; la vida de las obras estando limitadas al marco del taller o del museo, de ahí sus proyectos para decoración plástica de blecer la reclame comercial.

El teatro de títeres que funciona actualmente en Buenos Aires, bajo su dirección, ha sido su último ensayo, proponiéndose iniciar las jóvenes generaciones en un mundo de imágenes sensibles, donde el color y la música tienen un papel preponderante; mundo poético también del cual todo tiende a apartar la niñez.







Tarzan

por Edgar Rice Burroughs



ACORRALADO!























